

AVENTURA ESPACIAL

1 El impacto del Gran Meteorito

Año 92 después del Gran Meteorito (d.d.G.M.)

Aquella mañana de colegio estaba siendo igual de aburrida que cualquier otra mañana de colegio.

Y es que, para qué os voy a engañar, con Rosa, que era como se llamaba mi maestra de Historia y Geografía Terrestre, resultaba imposible no aburrirse como una ostra.

<<Me conformaría con que os interesara la historia la millonésima parte que a mí – suspiraba a menudo con resignación-. Pero es que no hay manera. Con vosotros no hay manera. >>

-Por lo visto, sólo una persona ha escuchado la pregunta... Repito, ¿en qué país de la Tierra cayó el Gran Meteorito? –insistió Rosa, con esa insistencia que sólo emplea cuando una pregunta se le antoja realmente importante.

Con un rápido vistazo hacia la primera fila, comprobé que Irache, una niña que un día estuvo llorando casi media hora porque bajó del nueve en un examen de Astronomía, tenía la mano tan levantada que estaba a punto de dislocarse el hombro.

Rosa se encontraba a menos de dos metros. Pero, increíblemente, no la vio. Señaló a un chico que andaba algo despistado.

-A ver, a ver... ¡Galileo! Tú mismo. ¿Sabes cuál es el país?

Galileo se puso más tieso que el palo de una escoba. Era un chico flacucho y de piel pálida que poseía una eterna expresión asustadiza; como si se hubiera llevado un gran sobresalto en los primeros días de su vida y aún no se hubiera recuperado.

Al cabo de un minuto seguía sin haber dicho palabra.

Nuestra profesora de Historia -que además era la tutora de nuestra clase- lanzó un largo suspiro y se puso a caminar entre las mesas de la primera fila. Observé que hacía un esfuerzo para mantener su habitual tono pausado.

-Si no prestáis más atención, nunca apren... ¡Te vi la primera vez, Irache! –se sobresaltó de pronto-. ¡No es necesario que me tires del suéter! ¿Alguien, además de Irache, lo sabe? –Rosa volvió a dirigirse a toda la clase.

Cuando recorrió la última fila, me dejé engullir por el asiento y simulé estar embelesado en las imágenes de mi mesa digital.

-¡Ánimo, chicos! Se supone que vuestros bisabuelos eran la flor y nata de la Tierra... ¡Plutonina! Tal vez tú puedas decirnos el país que se llevó el impacto.

Plutonina, por supuesto, no conocía la respuesta. Lo que sí sabía era que, en aquel momento, se había convertido en el centro de todas las miradas. Y como si fuera una gran modelo, buscó su mejor pose y dijo:

-Lo siento, Rosa. ¿Puedes repetir la respuesta?

-Querrás decir la pregunta, hija.

-¡Huy! Claro. Estoy de despistada esta mañana...

Rosa respiró pesadamente.

-He preguntado por el país en que cayó el Gran Meteorito.

Plutonina entornó un ojo y se mordió el labio inferior.

-Ya sabes, sobre la Tierra –trató de animarle la maestra.

-Hace un ratito lo sabía. Pero con todas las cosas que tengo en la cabeza, se me ha ido el santo a la Tercera Estrella.

-Entiendo –concluyó Rosa. Quien se llevó una mano a la cara y miró hacia el techo.

Plutonina era una niña tan bonita como cursi que cada día acudía a clase con un modelito diferente; petos de fibra rosa, petos de hilo morado, petos de poliéster blanco, petos de lana artificial roja..., y así un largo etcétera. Con decir que era la única de clase que se ponía colorete en las mejillas...

Esta y otras razones habían conseguido que Plutonina ocupase el puesto de honor en mi lista de compañeros de clase más repelentes.

Irache, quien le seguía en segundo lugar muy de cerca, comenzó a mover el brazo como un astronauta en un asteroide desierto tratando de llamar la atención de Rosa.

-¡Estate quietecita ya, Irache! Si sigues moviendo la mano así me vas a meter un dedo en el ojo –le recriminó la profesora tras verse obligada a esquivar uno de sus manotazos-. Entiende que no eres la única en clase. Hay que darle la oportunidad a todos los alumnos de que participen de vez en cuando -la siguiente frase le dijo en un susurro, como si no se dirigiese a nosotros, sino a ella misma-, aunque a veces estoy convencida de que eres la única que me escucha... Bien, entiendo que es la última hora del día y que estáis cansados pero os pido un último esfuerzo ¡Ánimo, chicos! Si es una pregunta muy facilita. Eeehh... –Rosa realizó un nuevo barrido con la mirada-

Saturnino, ¿podrías decirme en qué país cayó el Gran Meteorito? –dijo al fin, clavándome esos ojos que se le ponen cuando ya está un poco harta de aguantarnos.

A veces, aunque nunca presto excesiva atención en clase, pilló alguna que otra cosa de las que dice el profesor o profesora de turno y puedo salir del apuro sin que se note demasiado que no tenía ni idea.

Sin embargo, esta no era una de esas veces.

Por lo tanto, tenía dos opciones.

Podía decir un país al azar que, con mucha, muchísima suerte, tal vez se aproximaría al lugar que tanto le interesaba a la profe. O bien, podía soltar una parida y, al menos, los de clase se reirían un rato. Y ya se sabe lo importante que resulta reírse a menudo – Don Mendo, el orientador del colegio, siempre lo está repitiendo-.

-Pues..., el país exacto no lo recuerdo. Pero estoy seguro que algún trozo de roca se las arregló para viajar en el espacio hasta nuestra ciudad y sacudirle en plena cocorota a Galileo. ¡Si no, no se explica que esté siempre tan alelado!

Todos empezaron a partirse de risa.

Todos excepto Galileo, Irache y Rosa, claro.

El ofendido pareció despertar por un momento de su constante ensoñación y me observó con cara de pocos amigos. La segunda era más seria que uno de los comunicados oficiales del Administrador General: ella jamás me reía las gracias. Y la profesora, simplemente, era la profesora. Y no sólo no se ría, Rosa había empezado a mirarme con los ojos casi cerrados. Mala señal.

Antes de seguir contando mi historia me veo en mi propio derecho -aunque bastantes veces se me olvida cumplir con mis deberes los derechos me los conozco de maravilla-, de hacer una pequeña pero importante aclaración.

No vayáis a pensar que mi nombre es Saturnino. No, no. Me llamo Saturno.

¿Y qué nombre es ése? –os preguntaréis-. Pues eso digo yo también, menudo nombre fueron a ponerme.

Aunque yo lo detesto con toda el alma, a mis padres les chifla. Cuentan que me lo pusieron por no sé que planeta del Sistema Solar.

De cualquier forma, nadie me llama Saturno. Saturno es un nombre digno, o al menos tan digno como puede ser cualquier otro, pero ya se sabe la manía que tienen los mayores de utilizar los diminutivos en los nombres. Pues eso, cuando te ven en la cuna tan pequeñito creen que vas a seguir siendo así para toda la eternidad y no se pueden

resistir a llamarte Fernandito, Luisita o Pedrito -que dentro de lo malo tienen su pase-, pero Saturnino... ¡Sa-tur-ni-no! –silabeé para mis adentros con retintín.

Saturnino, para qué vamos a decir otra cosa, suena a chiste.

-¡Saturnino! –exclamó Rosa pulsando su agenda táctil con movimientos nerviosos. Las risas se apagaban lentamente-. Tienes un nuevo cero en tu lista personal. Más vale que empieces a aplicarte ¡desde ya!, si no quieres perder el curso.

Rosa concluyó sus anotaciones mientras me parecía leer en sus labios: <<¡Qué he hecho yo para merecer esto!>>.

Irache me miraba de reojo, casi tan disgustada como lo estaba la profesora. Sólo volvió la vista al frente cuando Rosa, por fin, se dirigió a ella.

-Vamos, Irache, díles a tus compañeros en qué país cayó el Gran Meteorito.

Ella sabía que todos los de clase aborrecíamos que nos hablara como una sabihonda, pero le daba igual. Giró su silla aerostática, levantó la mirada, se aclaró la garganta y comenzó a hablar como si le hubieran dado cuerda.

-Fue hace noventa y dos años exactamente. Es por eso que ahora nos encontramos en el año 92 d.d.G.M. –silabeó las iniciales- o lo que es lo mismo, después del Gran Meteorito; que se correspondería con el 2107 de la Era Antigua. Este meteorito denominado *Andrómeda Black*, impactó contra la Tierra en el año dos mil quince de la Era Antigua en el país asiático de China, en un lugar próximo a su frontera con la India. El impacto produjo un sobrecalentamiento en la Tierra que exterminó todo ser viviente en cuestión de días: animales, plantas, hombres... Debido al meteorito, la atmósfera terrestre no volverá a ser respirable en varios miles de años. Nuestra ciudad, la ciudad espacial La Salvación, es el único lugar donde sobreviven humanos. Todo gracias al traspodador Epopeya, que fue comandado por el comandante Raimus, primer Administrador General de la ciudad. En el traspodador, viajaron cuatrocientas personas de todos los rincones del planeta que fueron escogidas, entre otras razones, por sus amplios conocimientos en los diversos campos de la ciencia. Todos ellos abandonaron la Tierra antes de la llegada del *Andrómeda Black*. Recorrieron el espacio durante más de cuatro años a la velocidad de la luz en estado de latencia hasta la triple estrella *Alfa Centauris*, la estrella más próxima a la Tierra. Ahora, en La Salvación somos mil doscientas doce personas, más del triple de los que llegaron hace noventa y dos años. Nosotros somos la tercera generación de nacidos en la ciudad espacial.

Ésta era una de las razones por la que no aguantaba a Irache. ¡Parecía la base de datos del ordenador central de La Salvación! Supongo que los demás éramos estudiantes

con más o menos actitudes, pero su presencia en clase provocaba que nuestro rango no superara el de zoquetes con difícil solución.

-Ni yo misma lo habría explicado mejor –concluyó Rosa con una mirada orgullosa clavada en Irache-. Tienes otro diez.

Acto seguido, un campanilleo electrónico que anunciaba el final de la clase se expandió por toda el aula –este sistema de paredes transmisoras de sonidos, por el que se podía propagar todo tipo de mensajes sonoros a cualquier lugar de la ciudad, fue instalado tres años atrás y sustituyó a la clásica megafonía de altavoces-. Al principio, cuando empezó a funcionar, cada vez que el Administrador General hacía algún comunicado te daba la impresión de que las paredes te estaban hablando. Aunque con el tiempo te vas acostumbrando y pierde la gracia.

Empecé a guardar mi carpeta táctil sin ninguna prisa. Se acercaba la hora de comer pero había perdido el apetito. De pronto, Me sentía como si el cero que me había puesto Rosa se me hubiera atascado en el estómago y no fuese capaz de digerirlo.

No había duda. Lo mío era un problema sin solución.

Siempre me repetía que no volvería a decir ninguna gracia más, pero al final nunca resistía la tentación. Supongo que era una de esas características innatas de las que suele hablar Don Mendo, la tienes cuando naces y ya no puedes deshacerte de ella en toda la vida, ni aunque pongas en ello todo el empeño del espacio sideral.

Perdido en estos pensamientos, empecé a caminar por el pasillo. Fue entonces cuando vi que Irache estaba atascada en la salida.

Y no vayáis a pensar que tenía el culo tan gordo que no le cabía por la puerta, ¡qué va! El motivo era que tenía algún problema con su silla aerostática; una silla para minusválidos que funciona con chorros de aire y que se desplaza a un palmo del suelo.

Seguramente os estéis preguntando por qué iba en esta silla y no caminando como todo el mundo. Se trata de una historia un poco triste, de ésas que te deja un regusto amargo en la boca. Pero os la contaré.

Según decían algunos compañeros, Irache tuvo un accidente hace unos tres años cuando jugaba cerca de los muelles de descarga de la ciudad. Uno de los cyber-trailer de la refinería de hielo sucio la atropelló. Al cabo de varias operaciones, los doctores dijeron que no podría volver a andar. Desde entonces va a todas partes con su silla aerostática.

Cada vez que recordaba esta historia sentía un poco de pena por ella, pero en un santiamén, me venía a la cabeza que era la número dos en mi lista personal de alumnos más repelentes, y la compasión se esfumaba de un soplo.

Irache se encontraba de lado frente a la puerta y no era capaz de enderezar la silla. A pesar de que no cesaba de mover la mano sobre los controles de dirección lo único que conseguía era avanzar y retroceder unos pocos centímetros sin solucionar nada.

-¿Seguro que tienes carné para conducir ese trasto? –pregunté sin ganas de hacer amigos.

Ella me observó dibujando una mueca de aborrecimiento.

-¿Qué pasa? –dije sin darme por vencido-. ¿Te perdiste el programa donde se explicaban las diferencias entre la izquierda y la derecha?

Irache apretó los dientes y empezó a ponerse muy colorada.

-¿O tal vez fue el de delante y atrás? –insistí.

Sin decir nada, continuó moviendo la mano sobre los controles.

Su nerviosismo iba en aumento y, la silla, cada vez se desplazaba más torpemente y con movimientos más bruscos. Era cuestión de segundos que acabase mal parada.

Al instante comprendí que me había pasado de la raya.

Mi <<bocaza>> me había vuelto a traicionar. A veces me ocurría esto, sólo un momento después de haber dicho alguna tontería, o varias, ya me estaba arrepintiendo.

Dejé la carpeta táctil sobre una de las mesas resuelto a sacarla de aquel embrollo.

-¡Ni se te ocurra, Saturnino! -gritó ella con la furia de un torbellino-. ¡No necesito tu ayuda ni la de nadie para manejar esta estúpida silla!

Me llevé tal sobresalto que di un salto hacia atrás.

-No, si está claro que uno no puede ser bueno -suspiré.

Después de un par de violentos traqueteos, la silla quedó liberada. A continuación, Irache se perdió por el pasillo a toda velocidad.

2 El centro de La Salvación

Las calles cercanas al colegio estaban tan abarrotadas de gente como cada día. Y no era de extrañar. Además del colegio y del CEMES (Centro de Estudios Medios y Enseñanzas Superiores), que originaban un gran trasiego de estudiantes y profesores a

estas horas de la tarde, en el centro de la ciudad se ubicaban la mayoría de los edificios importantes.

A mi no me gustaban nada las aglomeraciones ni los estrechos callejones de aquella zona, así que me puse a caminar hacia el parque Raimus.

Pasé junto a la puerta principal del CAG (Centro de Administración General), algo así como el ayuntamiento de las antiguas ciudades terrestres, y giré a la izquierda. El CAG era el edificio más alto e imponente de la ciudad, con su peculiar aspecto de enorme cilindro y diminutas ventanas circulares. Medía cerca de cuarenta metros y sumaba doce plantas.

Separados por angostos pasajes, además del colegio, el CEMES y el CAG, se encontraban otros edificios. El Banco Central –desde el que se expedían los *mundis*, nuestra moneda oficial-. El hospital unificado. El centro social y de ocio -que contaba con varias tiendas de artículos de regalo, de última tecnología, ropa, alimentos, dos bares en los que fluía constantemente la concaseína, que era como se llamaba la bebida típica de La Salvación. Y un gran auditorio, llamado la Sala Ingente, al que iba con mis padres todos los domingos al pase de cine gratis.

En cuanto abandoné el centro de la ciudad, la calle se ensanchó considerablemente y me crucé con varios bloques de apartamentos residenciales. Los de esta zona apenas tenían tres plantas y eran de los que contaban con cuatro habitaciones; dos dormitorios, un salón-cocina y un baño.

El bloque donde yo vivía era de nueva construcción y se encontraba más alejado del centro. Tenía ocho plantas y los apartamentos solamente constaban de dos habitaciones. Un salón-cocina-dormitorio con cuatro camas nido y un baño.

Lo cierto es que en La Salvación, si de algo andábamos escasos, era de espacio.

-¡Nota informativa! –una voz metálica, que parecía flotar en el aire, surgió de repente e interrumpió mis pensamientos.

El Administrador General solía mandar un par de mensajes al día a través del sistema audiovisual urbano, por ello ni siquiera me inquietó aquella voz que provenía de las paredes y el suelo.

Me aproximé hasta una de las pantallas digitales de unos cuatro metros cuadrados que salpicaban las calles de la ciudad –había una cada cuarenta o cincuenta metros- y quedé pendiente del hombre de expresión inalterable que apareció en la imagen tras retirarse el rótulo de avance informativo. No era otro que el propio Administrador General, Máximo Grande, la mayor autoridad de la ciudad.

Con cada uno de sus mensajes, la ciudad se paralizaba. Hasta el último de los habitantes permanecía con los ojos pegados a la pantalla hasta que concluía. Y no era de extrañar. En La Salvación las normas se cumplían a pies juntillas. A esto había que añadirle que el primer punto de nuestra Constitución decía: <<Las indicaciones del Administrador General son de obligatorio cumplimiento>>.

Lo primero que llamaba la atención de su rostro era su nariz recta y sus ojos oscuros, que le otorgaban una mirada intensa. Los rasgos de su cara eran tan severos como su inflexible tono de voz. Una voz rígida que producía una sensación intimidatoria, mezcla de respeto y temor.

A pesar de que su cargo era el más importante de la ciudad, personalmente no le tenía ninguna envidia. Mi padre me había comentado en alguna ocasión que era un cargo maldito. Ya fuese por accidente o enfermedad, ningún Administrador General de los ocho que había tenido la ciudad, había conseguido llegar a los cuarenta y cinco años.

En el pie de la pantalla apareció un mensaje. <<Riesgo de lluvia de meteoritos>>.

-El sistema de satélites <<Alerta Permanente>> -comenzó Máximo Grande- ha detectado un grupo de pequeños meteoritos que se han desprendido de la cola del cometa Sartre y que impactarán a las diecinueve treinta y dos en el cuadrante G-1 de Alfa 22, que como todos saben es en el que se encuentra nuestra ciudad. Por esta razón el Gabinete de Administración me ha pedido que dé la orden de que todo el mundo se encuentre en casa a partir de las siete de la tarde, hora en la que se desplegará la cúpula de titanio y se pasará al suministro auxiliar de energía hasta que cese la lluvia de meteoritos.

Me ajusté las gafas y traté de concentrarme.

Pulsé el botón de la patilla izquierda y apareció el menú completo de utilidades en la lente izquierda. Con los pulsadores de la patilla derecha descendí varias opciones –microscopio, prismáticos, cámara fotográfica- hasta el cuarto elemento: reloj. Pulsé de nuevo y la hora digital apareció en la esquina superior derecha: 17:45.

<< ¡Bah! –mascullé mientras me colocaba las gafas contra la nariz-. Falta una eternidad para las siete. >>

No era la primera vez que sufríamos una lluvia de meteoritos. De hecho, no transcurría una semana sin que tuvieran que cerrar la ciudad con la cúpula de titanio por esta razón. A diferencia de la Tierra –antes de que el Gran Meteorito la arrasara-, Alfa 22 no poseía atmósfera y los meteoritos, por muy insignificante que fuera su tamaño, no se desintegraban al aproximarse a nuestro planeta.

La cúpula de titanio, que se cierra por encima de la Micro-atmósfera de plástico metalizado, protege por completo a La Salvación en los momentos de riesgo y resulta imprescindible para salvaguardarnos de los impactos.

La segunda y última razón por la que se despliega el escudo de titanio es para provocar la noche, pues Alfa 22 siempre se encuentra alumbrada por alguna de las tres estrellas del sistema. Esto ocurre cada veinticinco horas, que es lo que aquí duran los días.

Al concluir la nota informativa, regresaron a la pantalla los habituales anuncios publicitarios. El que acaparó la imagen en aquel instante promocionaba la última bebida de concaseína puesta a la venta. Aunque normalmente no solía prestarles mucha atención, aquél era la primera vez que lo veía y mantuve la mirada clavada en las imágenes.

-Nueva concaseína <<GLACIAL>> -leí. Las letras se iban sucediendo a la vez que una joven de cabello pelirrojo y largas piernas abría una lata de concaseína-. Con nuevos e intensos efectos y un sabor más profundo. Ninguna concaseína del mercado posee más caseína que <<GLACIAL>> -la señorita dio un trago interminable-. También en tabletas. Sólo este mes, consigue tres consumiciones con tu cupo diario.

Cuando terminó el anuncio traté de tragar pero se me había quedado la garganta completamente seca.

En La Salvación cada habitante poseía una tarjeta electrónica que diariamente se cargaba con dos consumiciones. Pero claro, hasta que no cumplías los doce no te permitían tomar concaseína y debías de conformarte con la sincaseína, que era una burda imitación de la primera y que por descontado no poseía ni un cero coma uno por ciento de caseína.

Según había oído, sus propiedades eran relajantes y desestresantes. Un solo trago conseguía que los problemas se desvaneciesen por arte de magia. Cada vez que bebías te provocaba una sensación extraordinaria que siempre era diferente a las anteriores. No conocía a nadie con más de doce años de toda la ciudad que no agotase sus dos consumiciones diarias.

Yo era de los últimos de mi clase en celebrar su doceavo cumpleaños, por lo que casi todos los de sexto de Educación Primigenia ya la habían probado. No había nadie que discrepara del comentario generalizado, que no era otro que: <<-No tiene nada que ver con la sincaseína, es como comparar los trasbordadores *Magallanes-4* con los obsoletos *Nautilus-A*>>.

Uno de clase, Rubén Zamorano –que poseía un gran don de palabra- en una conversación unas semanas atrás en el recreo, se quedaba sin adjetivos para explicar su sabor. Decía que cada trago de concaseína te transmitía una sensación rara, de vacío..., inexplicable. <<Es como cuando sin darte cuenta bajas dos escalones de una –añadió la pija de Plutonina, que en aquel momento rondaba por las inmediaciones.>> .

A Modesto, uno de clase que siempre está callado y que tampoco ha cumplido los doce, y a mí se nos caía la baba de pura envidia.

Por lo visto, la caseína podía producir somnolencia y otros efectos secundarios en los niños y algún genio había establecido que hasta los doce años no era aconsejable tomarla. ¡Como si cuando cumplieras los doce, de un día para otro, dejaras de ser niño y te convirtieras en adulto!

La concaseína únicamente se podía consumir en los Centros de Reuniones. Lo peor del asunto era que, debido a los lectores de tarjetas de identificación personal, resultaba imposible entrar a cualquiera de los Centros de Reuniones que había en la ciudad hasta que no alcanzabas la ansiada edad.

<< Menos mal que sólo me faltan dos semanas para cumplir los doce –pensé mientras me mojaba los labios y me imaginaba bebiéndome de un trago una lata de GLACIAL. >>

Me lamenté en voz baja de no haber nacido dos semanas antes, y empecé a caminar sin prisa por llegar a ninguna parte. Después de unos minutos interminables, levanté la vista y descubrí las copas más altas de la arboleda del parque Raimus.

3 El parque Raimus

A medida que caminaba por las calles de La Salvación, la sensación que a veces me invadía de asfixia comenzó a apoderarse de mí. De vez en cuando me parecía sentirme como un pez en un acuario. Contaba con libertad para moverme de un sitio a otro, sí, pero es que La Salvación a veces era como una enorme prisión.

Si alguien escucha que la ciudad tiene unas dimensiones de unos cien mil metros cuadrados, seguramente piense que me agobio enseguida. Sin embargo, si tenemos en cuenta que el espacio que ocupaba La Salvación no era mayor al que abarcarían diez

campos de fútbol de los que tanto abundaban en la Tierra. O al de un pequeño barrio de una ciudad terrestre cualquiera, resulta más fácil ponerse en mi lugar.

Si a las reducidas dimensiones le añadimos que el espacio con forma de hexágono que ocupaba la ciudad estaba herméticamente cerrado con una descomunal cúpula de plástico metalizado transparente, y que jamás en mis casi doce años de existencia había abandonado este recinto, seguro que ayuda a entender de donde surgía mi sensación de agobio.

Lo cierto es que la cúpula de plástico, que en su punto más alto superaba los cien metros de altura, era como una urna protegiendo un tulipán de las condiciones climáticas de un desierto de hielo.

Seis reactores termonucleares ubicados en los extremos de la ciudad, que utilizaban plutonio como combustible, reproducían las condiciones atmosféricas de la Tierra y hacían que el aire circulara continuamente a una temperatura de entre dieciocho y veintidós grados. Todo un logro si tenemos en cuenta que la temperatura habitual en Alfa 22 era de cien grados bajo cero.

Creo que todavía no he explicado que el aire de Alfa 22 era irrespirable. Es más, no tenía ni una gota de oxígeno. Aunque claro, por no tener, no tenía ni atmósfera. De aquí la importancia de la Micro-atmósfera, la gran cúpula de plástico que impedía que el aire artificial se escapara de la ciudad.

Puede que alguien se esté preguntando que si en Alfa 22 no había oxígeno, de dónde narices lo sacábamos. Bueno, tal vez en los temas del colegio esté un poco verde, pero en el asunto de las bolsas de oxígeno que se encuentran en el satélite Centauro 12, puedo considerarme -como diría Don Mendo- un erudito; que no es otra cosa que una persona que lo sabe todo sobre algún tema.

Y no es que tenga nada que ver con que Rosa me mandase un trabajo de investigación de diez pantallas digitales sobre el tema, en absoluto. En mi pésima carrera como estudiante, si de algo me he dado cuenta es de que se puede saber mucho sobre algo sin necesidad de estudiar. Basta con estar interesado en el asunto. Y yo jamás me canso de escuchar las historias que me cuenta papá sobre sus viajes a Centauro12.

Mi padre se siente muy orgulloso de trabajar como piloto. Actualmente se encarga de transportar polvo de caseína desde los laboratorios de G-9 hasta las fábricas de concaseína de la ciudad. Pero durante diez años, manejó un trasbordador *Nautilus C* con treinta y cinco metros de eslora y con capacidad para ochenta mil litros de oxígeno y veinte mil de nitrógeno, argón y otros gases que también son necesarios para elaborar el

aire. Siempre dice que las bolsas de oxígeno que se encontraron en la cara oculta de Centauro 12, resultan tan importantes como el hielo sucio que traen los cyber-trailer del sector G-7 de Alfa 22 –de donde se obtiene el agua una vez que los grandes bloques de hielo sucio son tratados y depurados en la refinería de agua-.

Como os iba diciendo, las bolsas de oxígeno que se hallaron en Centauro 12 resultaron fundamentales para la supervivencia de los habitantes de La Salvación. Los tanques de oxígeno con los que el trasbordador Epopeya abandonó la tierra antes del impacto del Gran Meteorito eran limitados. Apenas les podría abastecer durante unos meses después de despertar del viaje. Hoy por hoy, las naves de la ciudad hacen viajes semanales para proporcionar oxígeno a La Salvación.

Al traspasar el arco ajardinado que daba entrada al parque Raimus, despegué la mirada del suelo y empecé a disfrutar de aquel espacio tan singular. Era el único de toda la ciudad donde el suelo era de tierra y unas cuantas especies vegetales terrestres campaban a sus anchas. Los árboles más altos que delimitaban el recinto se llamaban pinos. En los bordes de los paseos, dibujados por el verdor de los setos, destacaban margaritas y geranios de flores amarillas, rojas y blancas. Al otro lado de los setos, se extendían zonas ajardinadas cubiertas por rosales y claveles y salpicadas por cerezos, sauces y encinas.

Rosa nos dijo en una ocasión que en la Tierra abundaban los parques y que las comunidades de árboles formaban bosques que se expandían durante kilómetros y kilómetros.

Yo mantuve mis dudas de que algo así fuera posible, en este planeta o en cualquier otro, hasta que Rosa nos enseñó unas fotos que sacó de una de las ventanas tridimensionales del colegio y que no dejaban lugar a dudas.

La Tierra. Ese sí que era un lugar maravilloso.

Dejé atrás la estatua en honor a Raimus y seguí caminando hasta mi rincón favorito. Yo siempre me sentaba en el mismo banco. Podía permanecer durante horas en aquel lugar admirando las vistas.

Desde allí, al estar colocado en uno de los bordes de la ciudad -concretamente en el borde norte- no encontrabas ningún edificio que se interpusiese hasta la transparente cúpula exterior.

Si dirigías la vista hacia la derecha, entre el hueco que dejaban dos sauces, se veía sin problemas la Estación Espacial.

Las pistas de aterrizaje y los hangares del imponente recinto se ubicaban fuera de la Micro-atmósfera y los operarios parecían muñecos móviles con sus gruesos y níveos trajes espaciales. A pesar de esto, la terminal de embarque -ya en el interior de la cúpula- suponía un bocado considerable en el ala este de La Salvación.

Estaba atardecido y hoy, como todos los martes, los traspordadores y otras naves que realizaban diversas misiones de exploración regresaban a la estación espacial después de dos días fuera de la ciudad.

Aunque la visión de todo lo que se encontrara al otro lado de la cúpula externa se volvía ligeramente neblinosa, observar las naves suspendidas en la nada, prácticamente inmóviles, era un espectáculo incomparable.

Disfrutaba de lo lindo con las minuciosas maniobras de los pilotos con las que conseguían aterrizar en los reducidos hangares que habían sido diseñados para las naves originarias, las *Nautilus-A*, que eran la mitad de estrechas y cortas que las actuales, las *Nautilus-C* y *Magallanes-4*.

Los minutos transcurrieron como segundos y el torrente de luz que desprendía la estrella Alfa Centauris comenzó a debilitarse.

Los reflejos amarillentos de la triple estrella habían cedido a un color anaranjado. Aunque dos de las estrellas comenzaban a perderse por el horizonte, la tercera se mantenía en todo lo alto.

Habitualmente anocheecía a las ocho y media. Pero hoy existía riesgo de meteoritos y el escudo de titanio se cerraría antes.

A través de la megafonía del parque se habían sucedido varios avisos de la urgencia de regresar a casa. De hecho, aunque en el parque nunca había mucha gente, ya había pasado un buen rato desde que me crucé con la última persona, un anciano que se alejó a toda prisa tras escuchar uno de los avisos.

Lo mismo ocurría con las luces rojas de las naves, que hacía un cuarto de hora que habían dejado de surcar el cielo de La Salvación, y de todo el cuadrante G-1.

Sólo faltaban cinco minutos para las siete, y enseguida comprendí que no podía retrasarme más. El gigantesco párpado de titanio que debía proteger el frágil escudo de plástico metalizado de los meteoritos había comenzado a cerrarse. En algo menos de seis minutos se desplegaría completamente y se conectaría el alumbrado auxiliar de la ciudad.

Quien no se encontrara para entonces en casa corría el riesgo de ser sancionado con una restricción en su cupo de concaseína o, en mi caso, de sincaseína.

Resoplé tan ruidosamente como un propulsor de hidrógeno de despegue estático y, justo cuando me disponía a levantarme, un arbusto cercano se agitó bruscamente. Sin llegar a ponerme en pie, me enderecé sobre el banco con una mezcla de curiosidad y temor y agudicé los cinco sentidos.

No tuve que esperar mucho tiempo para comprobar cuál era el origen del alboroto. Permanecí atónito al ver que una silla aerostática salía de los arbustos produciendo temerosos tumbos a izquierda y derecha. En un precario equilibrio, casi suspendida en su propulsor izquierdo, se encontraba Irache.

Su pelo castaño estaba revuelto y salpicado de hojas verdes. Y sus brazos se encontraban llenos de magulladuras. La expresión de su rostro, que en clase siempre era de concentración absoluta, en esta ocasión parecía la de un piloto manejando una aeronave averiada a punto de estrellarse.

La chica luchaba sin éxito por alcanzar el mando de controles y retomar el control de la silla. Lejos de lograrlo, seguía avanzando en tropel.

Pese a que no hacía ni dos horas que me había dejado muy claro que ella se bastaba para controlar la silla, me decidí a echarle una mano.

Me puse en pie y realicé un fenomenal *sprint*. Alcancé la silla aerostática antes de que impactara contra un enorme pino y pulsé el botón de apagar en el último suspiro. La silla se detuvo a un palmo del tronco y permaneció allí, flotando.

Ayudé a Irache a incorporarse en la silla y me apoyé contra el árbol mientras recuperaba el resuello. Los dos nos miramos fijamente, aunque ninguno abrimos la boca.

Ella se quitó unas cuantas hojas de la cabeza y trató de alisarse el pelo y la ropa. A pesar de sus intentos su aspecto no mejoró gran cosa.

Los tonos anaranjados del día se habían convertido en rojizos y, aunque las farolas del parque ya estaban conectadas, la oscuridad de la noche artificial se desplegaba como un oscuro manto.

Si la luz que provenía de Alfa Centauris ahora era débil, en tres minutos –que era el tiempo que aproximadamente le faltaba al escudo de titanio para cerrarse por completo– sería nula.

-Será mejor que nos marchemos si no queremos que nos sancionen –rompí el silencio.

-Claro. Ejem... Gracias, Saturnino.

-Odio que me llamen así. Mi nombre es Saturno, sabes.

-Vale, vale. Queda claro. En fin, gracias de todas formas –insistió Irache-.
Perdí el control al esquivar un banco y ya no conseguí controlarla.

-Para el tiempo que llevas en esa silla no se puede decir que se te dé tan bien como empollar en el colegio.

Ella me lanzó una mirada tan afilada como un cuchillo.

-¿Disfrutas siendo tan bocazas o simplemente no puedes evitarlo?

Me encogí de hombros.

-Lo siento. A veces habló sin pensar y luego ya no tiene solu...

Iba a decir solución, pero no terminé la frase.

Las mejillas rosadas de Irache se volvieron blancas de repente y, del susto, me quedé atascado en esa palabra.

Noté que se le cortaba la respiración y que sus pequeños ojos, como dos bolas de chocolate, se abrían igual que cráteres. Fue como si alguien le hubiera puesto de pronto una máscara de carnaval. Una máscara de alguien completamente muerto de miedo.

Me di la vuelta y miré hacia donde sus ojos se habían quedado clavados: hacia las vistas que ofrecía el mirador del parque.

Al girarme, el aire se me congeló en los pulmones y mi corazón dejó de latir. La visión que teníamos enfrente debía ser cosa de nuestra imaginación.

A través de la abertura que dejaba el descomunal parpado de titanio –cada vez más estrecha-, observé que en el cielo habían aparecido tres esferas luminosas enormes. De un azul brillante.

La luz que desprendían era tan intensa que tuve que protegerme los ojos con una mano. Acerté a ajustar mis gafas a modo prismáticos. A los pocos segundos, logré agudizar la mirada y comprobé que los tres discos voladores se encontraban suspendidos y giraban con pasmosa lentitud.

Eran tres naves espaciales.

Su tamaño era increíble, tal vez el doble que las naves espaciales más grandes de nuestra ciudad. Aunque su forma circular no tenía nada que ver con la forma alargada de las naves de La Salvación. El resplandor azulado que desprendían los tres objetos voladores también era diferente al de las luces rojas de las aeronaves de La Salvación.

Abrí y cerré los ojos un par de veces y las naves continuaban allí. Flotando sobre nuestras cabezas.

Quietas.

Como si estuvieran observándonos.

No podía creer lo que veía. Me quité las gafas, me clavé los nudillos en los párpados y me los froté para comprobar que lo que tenía delante no era una alucinación.

Y ya lo creo que no lo era. Las tres naves no parecían tener prisa por marcharse a ninguna parte.

Empezaba a asimilar la situación, y decidí que aquel fenómeno bien merecía unas fotografías. Volví a colocarme las gafas, ajusté en el menú <<cámara fotográfica>> y traté de enfocar. Sin embargo, entonces, antes de que consiguiera pulsar la patilla derecha, con la misma velocidad con la que se habían materializado, las naves desaparecieron.

Tras asegurarme de que la franja de cielo que todavía no había cubierto el escudo de titanio había vuelto a quedar en su habitual calma, miré a Irache.

Ella seguía pasmada, con los ojos y la boca tan abiertos como platos.

-Dime que tú también las has visto –dijo, mirándome con las pupilas fuera de sus órbitas.

Sonreí apocadamente, dominado por una sensación de pánico. No tenía ninguna duda de que aquellos aparatos voladores no pertenecían a nuestra ciudad.

-Las he visto -afirmé.

Los dos seguimos mirándonos un buen rato. Callados. Aunque estaba convencido de que ella se estaba preguntando lo mismo que yo: << Si no son de La Salvación, ¿qué son esas naves? >>.

-Bueno, ¿y ahora qué hacemos? –deshice el silencio.

-No sé tú, pero yo no pienso seguir aquí ni un segundo más.